

los primeros elementos con que la empezó.

Usted no es Martí, nó, ni los hay en torno nuestro; pero usted es uno de aquellos por quienes dió su cerebro y su sangre el Maestro. Los dió, los prodigó, para enseñarnos que, si queremos tener Patria, la hemos de hacer y rehacer en cada ocasión, a fuerza de labor perseverante.

Hay quienes la desgarran; pues a procurar por todos los medios unirla de nuevo. Hay quienes no saben defenderla; pues a servirle nosotros de antemural. ¿Cómo? No haciendo lo que condenamos en los tibios, en los ambiciosos, en los codiciosos. Hay que cumplir con todos los deberes cívicos y con todos los deberes sociales.

El elector debe ir a votar con la conciencia más clara posible de lo que hace. El concejal debe desempeñar su función, no para el lucro suyo, sino para el lucro de su municipio; y esto mismo han de realizar el representante y el senador y el presidente, cada uno en su esfera. El escritor debe hacer lo que usted ha hecho: decir en público lo que piensa y siente de los males y de los bienes públicos. El ciudadano debe asociarse con todos los que participen de sus ideas y aspiraciones, para tratar de ponerlas en práctica.

Le ruego que se fije en este último particular. Hasta ahora nuestras grandes asociaciones han sido los consorcios políticos, no para los verdaderos fines políticos, sino para explotar los puestos públicos. Esta, y no otra, es la raíz de nuestros males, que se han multiplicado, hasta ahogar casi la República. Opongámoles las asociaciones para realizar todos los fines de actividad y cultura; pero emprendidas sin miras egoístas; y cuando éstas sean vivaces acabarán por llevar su espíritu a las asociaciones políticas. Póngase cada cual que se sienta con ánimo, póngase a tratar de realizarla, y habrá emprendido la más sana y útil labor de depuración de nuestras cos-

tumbres y de afianzamiento de nuestro porvenir.

El remedio exige tiempo; toda obra social lo exige. La vida no es una improvisación, sino una continuación. Pero hay que actuar. Todo menos resignarse, menos estancarse, menos rendirse.

No está usted solo. Son muchas las voces que se levantan en distintos lugares del país, pidiendo rectificaciones salvadoras. Tién-

danse ustedes la mano, y entiéndanse. No trabajen aislados, trabajen de consuno. Así lo hizo Martí y, emancipó a Cuba.

Muy de veras le agradezco el concepto que ha formado de mí; y me pongo a sus órdenes, como su más atento amigo y servidor,

ENRIQUE JOSÉ VARONA

Vedado, 2 de marzo de 1921.

(*El Sol*. Santiago de Cuba).

Ramiro de Maeztu se va



RAMIRO DE MAEZTU

Visto por BAGARIA

(Del semanario *España*, Madrid).

DESDE hace algún tiempo Ramiro de Maeztu se halla en Barcelona. Coincidió su visita con el recrudecimiento del problema social, y todos creímos que el ilustre pensador vasco habría venido a estudiar de cerca las anomalías y los caracteres de esta lucha terrible, que ha tomado por campo de experimentación la vida siempre inquieta de nuestra ciudad. Su viaje, sin embargo, obedecía a otras causas bien diferentes. Cierta día, el propio Maeztu nos las descubrió: «Vengo aquí a vivir un poco entre ustedes, a calentarme con el sol de ustedes. Estoy cansado del clima de Londres. Odio la lluvia y la niebla. Me hacen daño, y estoy enfermo de una rara enfermedad. Además, no voy a volver a fumar. El tabaco, en vez de excitarme, me deprime, y tengo siempre veinte pulsaciones menos de las que son habituales a un hombre en estado normal».

Efectivamente, Maeztu comenzó a ordenar aquí su vida dentro de una

tranquilidad halagadora, y fué uno más entre nosotros. Alquiló un piso confortable en San Gervasio—el San Gervasio querido de Maragall,—y allí acomodó su vivienda con su mujer y su hijo.

Por las tardes, a la hora del segundo café, entraba en nuestra tertulia del Ateneo, se hundía en un sillón e intervenía en nuestras conversaciones pintorescas. Era el contraste. Oía con la mano en la frente, haciendo una gran arruga en el entrecejo y cerrando los ojos para concentrarse en sí mismo. Luego, con su voz ancha y hueca, hablaba exponiendo sus razones agudas, ásperas, enlutadas. Tenía que discutir con Francisco Pujols, que se titula poseedor de la verdad, y que escribe siempre en un solo párrafo sin poner puntos; con un hombre, en síntesis, que no tiene nunca ningún «Stop».

Tenía que discutir con Xenius, en quien Maeztu veía—equivocadamente—toda el alma de Roma. Tenía que debatir con el poeta Sagarra, con Carles, el pintor; con Enrique Jardí, el jurista, y hasta con nosotros, que oponíamos a su divino Milton, nuestra parra catalano-extremeña. De pronto, si se hablaba de París, se adelantaba la mano, como haciendo una seria amenaza, y exclamaba:—«¡Ese es el pecado, ese es el grande pecado!» Otras veces se hablaba de la necesidad de la retórica, y él decía, horrorizándose:—«¡Ah, no! ¡La retórica, no! ¡La poética; sólo la poética!»

Xenius contestaba:—«Antes la retórica. A la edad en que se enseña a los niños a tener pudor, debiera comen-zarse a aprender la retórica». Otras veces se hablaba de música.—«Lo confieso—decía Maeztu—que no me hace sentir la música. Como a casi todos los escritores les ocurre: que hace sentir más la pintura. Yo, siendo muchacho, rompí a hachazos un piano de cola; lo hice astillas...»

Ayer, todos los amigos que hemos convivido con el alto escritor cotidia-